



CAMILO MARX

Si en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, especialmente en los años 60 y 70, nuestros novelistas tomaron como modelos a sus congéneres europeos y norteamericanos, parecería que en la actualidad los grandes patrones poéticos provienen de la Madre Patria. En España se han entre ellos, se celebran a morir, normalmente las críticas consisten en estas ininterrumpidas y a juzgar por la sobreproducción literaria que amenaza con transformar a la península ibérica en un dinosaurio librero, podría pensarse que se salte ahí a un renacimiento semejante a aquel que los españoles nunca pudieron superar.

Pero la realidad es siempre más dura que las celebraciones periodísticas, las expresiones de solapas y contraportadas de libros o los consensos corales. Ni los Muñoz Molina, Landeró, Marías, Riera, Gaité y otra cincuentena de autores y autoras que hoy triunfan en los mercados hispánicos podrán jamás llegar a los talones, no ya de ciertos clásicos, sino de espléndidos cronistas del siglo pasado y el actual que nadie les simplemente porque no están de moda, tales como Fernán Caballero, Emilia Pardo, Anorín, Gabriel Miró y varios más.

Es cierto que la influencia europea y americana señalada debe haber llegado fundamentalmente a través de traducciones, pues la mayoría de los escritores de nuestro medio sólo domina —y a veces no muy bien— el castellano. Aun así, quizás sea mejor notar en un libro las huellas de Faulkner, Dos Passos, Hemingway o Sartre que las de Rosa Montero o Pérez Reverte.

Este numeroso grupo de narradores y narradoras peninsulares que cosechan estrepitosos éxitos en su país y en algunos casos han conseguido notables posiciones en las listas de ventas europeas, curiosamente no goza de popularidad entre los lectores latinoamericanos. En cambio, sí parece ejercer una gran influencia sobre los escritores

En España, bendita tierra...

jóvenes, quienes tal vez se sientan atraídos por el desenfado, el amaneramiento, las acumulaciones de citas, el tono supuestamente culto y, sobre todo, el cosmopolitismo que parece emanar de casi todas las producciones literarias españolas del presente.

Problemas preliminares

Este preámbulo no es para liquidar **El señor que aparece de espaldas**, segunda novela de Pablo Azócar que, para bien y para mal, fue escrita en España y comparte lo bueno y lo malo de la actual prosa de ese país. Es hábil, es desahogada, es interesante y es relativamente culta. En este último punto vale la pena detenerse un momento.

Uno espera de un gran novelista una gran formación cultural y de un buen escritor algo parecido. Pero ella debe desprenderse del texto, de la construcción del lenguaje y los personajes o del diálogo intelectual y afectivo que algunos autores logran entablar con el lector. Muchos novelistas de mentes ociosas —Senzhal, Balzac, James— apenas desahogaron referencias en sus obras, en tanto otros —Proust, Joyce— hicieron de sus idiomas y de la literatura en general los protagonistas implícitos de sus creaciones, por lo que leerlas es una experiencia que trasciende la

escritura para abordar otros territorios.

No ocurre lo mismo con los autores del presente, quienes parecen en extremo apresurados o azorados por exhibir ciertos conocimientos o lanzar citas y muchas veces lo hacen mal. A diferencia de la sencillez que mostró en **Natalia**, su primer relato, en **El señor...** Pablo Azócar no para de citar a pro-



na jamás ha sido conocida como "Ciclo de los anillos" y la histórica grabación que de ella hizo sir Georg Solti nunca pudo entusiasmar a alguien como así en el culo —exactamente el dicho empleado en la ocasión— ni aún viviendo cien años en la España contemporánea.

Argumento

Declamos que **El señor...** presenta momentos de interés y ellos indudablemente van por el lado de la extraña historia. Daniel, un arquitecto aún joven y casado felizmente con Manuella, repentinamente es informado de la

Uno espera de un gran novelista una gran formación cultural y de un buen escritor algo parecido. Pero ella debe desprenderse del texto, de la construcción del lenguaje y los personajes o del diálogo intelectual y afectivo que algunos autores logran entablar con el lector.



pósto de nada y lo hace con fórmulas que revelan poco respeto hacia el lector, tales como esto parece que es de Julien Green o supongo que eso otro lo dijo Ernst Jünger.

Este autor denota alguna sensibilidad musical, pero la desahoga seguramente porque quiere ser original (el protagonista habría llorado la muerte de su hermano al cuando le conocieron la noticia hubiera estado escuchando una piana de cámara de Brahms) o lisa y llanamente por desdado. Por ejemplo, la tetralogía wagneriana

es a una serie de damas y caballeros que disputan arduamente sobre su intrincada personalidad. Entre ellas cabe destacar a Emmanuelle, bellísima periodista francesa que se aburre del orden y los carismáticos servicios turísticos de París y sobre todo a Tina Botey, cuyo nombre no evoca lo que es, a saber, la cantante de ópera más grande de la época, superior a la diva de las divas, pues su repertorio, como el de la incomparable María Callas, se desahoga desde Donizetti hasta Wagner; incluso la supera porque es capaz de cantar la escena de la locura de **Lucia de Lamermoor** mientras conduce cuesta abajo un Alfa Romeo a toda velocidad, sin parar de fumar como chimeneas y tomar como contrapunto. Entre ellos, están Fausto Albert, un ascético librero anarquista que dispara huecos contra los policías que hacen punto fijo en su casa, un narcotraficante travesti, un irlandés del que no sabemos nada, el misterioso Danián, quien a lo mejor es... vaya uno a saber quién.

Todo esto estaría bien si el lector y el propio autor supieran adónde van, pero **El señor...** más que un relato con trama, episodio, peripecias o acontecimientos es un conjunto de disquisiciones, reflexiones, proposiciones o comentarios centrados exclusivamente en torno al protagonista y a su presuntamente fascinante hermano. La verdad es que uno se da cuenta al cabo de un par de páginas qué puntos calza exactamente el famoso Fausto, pero Daniel (o el autor) insiste tanto y en tantas páginas en las infinitas y contradictorias facetas de tan recóndito personaje, que a la postre éste desaparece en medio de toda esa palabrería.

Y el narrador en primera persona también termina por desvanecerse al sucumbir, literariamente hablando, al egocentrismo, la autorreferencia, el egotismo o como quiera que se llame a ese ejercicio exclusivo del yo en que el conjunto de su exposición consiste. **El señor que aparece de espaldas** es una de las manifestaciones más impactantes de narcisismo que haya proporcionado la literatura chilena reciente y este solo aspecto la convierte en algo digno de estudio y fuera de lo común.

muerte de Fausto, su hermano mayor, opuesto a él en todo, salvo en el parecido físico; han estado separados por veinte años, pero mantienen el contacto gracias a las cadenas y pintorescas cartas enviadas por Fausto desde distintos puntos del globo.

El problema es que a este último se le ocurrió fallecer en Madrid, la capital mundial del post-modernismo. O, mejor dicho, no pasó a mejor vida desde ahí, pero sí dejó en la cuna del requiebro y del cho-



El señor que aparece de espaldas, Pablo Azócar, Editorial Alquisara, Santiago, 1997, 310 páginas.

En España, bendita tierra [artículo] Camilo Marks.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En España, bendita tierra [artículo] Camilo Marks. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile